

482-57



Precios de suscripción
Avila, un mes. 0'50
Provincias. 0,75

DIRECTOR PROPIETARIO,
MENENDO DE PILOÑA
Zendreras, 10, 2.º derecha

ADMINISTRADOR,
JOSE OSSORIO
Imprenta Moderna, Circuito San Pedro

Nmero suelto. 0'10.
dem atrasado. 0'15.
No se devuelve el original.

SUBSISTENCIAS

La carne

No negaremos que hemos obtenido un ligero triunfo con motivo de las advertencias vertidas en el penúltimo número. Los carniceros en virtud de ellas, se han ocupado de la baja de su artículo. Sin embargo, confesamos el no hallarnos satisfechos, por que han sabido escatimar el descenso de precio de un modo muy diplomático que no nos convence. Parece que estoy oyendo las manifestaciones de dichos carniceros a la autoridad: «Sr. Alcalde, el ganado ha bajado algo, pero nosotros no podemos llevar íntegra esa baja al público, porque las pieles no valen nada y nos han subido los tributos, de modo que sacrificando nuestros intereses en favor del pobre, abataremos veinte céntimos en kilo las carnes de segunda y tercera, y dejaremos en su precio la primera, que es la que gastan los ricos.»

Pues bien: estas palabras que convencerían si llevasen sinceridad, a mi me hacen el efecto de que el propósito es no rebajar nada su artículo, porque en cuestiones del pequeño mercantilismo, dudo siempre de la buena fe. En este caso concreto, la rebaja de la carne de «segunda» sin indicar la proporción de hueso por kilo que ha de entrar en cada pesada, es tanto como no hacer nada, porque ya se encargará el cortador de compensar con hueso la merma de la ganancia; respecto a la de tercera, muy escasa en la plaza, los que llegan a tiempo de adquirirla la encuentran tan de poca «molla» que prefieren la de primera aunque sea en menos cantidad y no van descaminados porque ganan en elementos nutritivos y en precio.

En efecto, cualquier obrero comerá más carne magra y se nutrirá mejor si echa cien gramos de la de primera en su «cocido» que si echase doscientos de la de tercera, economizando dinero; pues los cien gramos de aquella a los precios actuales, le costaría cuarenta y seis céntimos y los doscientos de la de tercera, le costarían cincuenta y seis.

Lo expuesto nos lleva a invitar a nuestro Alcalde (que lo está haciendo muy bien y está demostrando que le preocupan los intereses de este vecindario), que haga rectificar a los carniceros su nueva lista de precios mientras se mate el ganado al coste actual, en el sentido de abaratar ante todo la carne de primera cuarenta céntimos en kilo, por lo menos, aunque se vea precisado a dejar las clases restantes a los precios antiguos.

Con ello, sin quebrantamiento alguno de intereses, beneficiaría a los ricos, a los pobres y a los medianos.

Al tocino creemos oportuno darle otro «toquecito» se sigue matando el cerdo a ventiocho pesetas y sin embargo los mayoristas siguen vendiendo aquél hasta a 3,15 y los detallistas a 3,50 a pesar de saber muy bien todos ellos que admite una rebaja que nos es muy necesaria.

LEGO

El pan

¿No se han percatado nuestras autoridades de la clase de pan que nos vienen suministrando las tahonas locales desde hace más de ocho días?

¿No han llegado a experimentar que lo que se come por pan de trigo, es pan de cebada, si nó de alguna materia peor?

Señores, a quienes incumbe esta cuestión ¿porqué hemos de comer ceba-

da por trigo, sobre todo cuando lo que se paga es esto último?

Si el pan que estos últimos días ha sido suministrado a los vecinos de Avila, fué como lo que nos cupo en suerte, no es posible imaginarlo peor, habida cuenta de que las circunstancias no son tan anormales.

No hay que darle vueltas... Sentadas las normas a que debe ajustarse la fabricación y expendición del pan, nada se consigue si para que los panaderos se ajusten a aquéllas no se emplea el rigor.

El comiso y la multa, la multa y el comiso.

No concebimos los paños calientes, más que o por falta de energía o de capacidad o por sobra de cálculo concomitancia. En este exceso no creemos; luego tenemos que sospechar en la debilidad y en la ineptitud, si no se ofrecen protamente manifestaciones de fortaleza, vitalidad y acierto.

Estimamos que huelga la conmiseración que ha de contribuir a hacer perseverar en el abuso.

Mientras quien explota una industria gane, no hay que pensar más que en que no gane demasiado porque este exceso tiene que ser a expensas del sacrificio de los que pagando con relación a determinadas cantidad y calidad, reciben menos y peor.

A ver si podemos vernos pronto en el caso de aplaudir a nuestro alcalde.

En este asunto lo que hace falta es una alcaldada de las que deban pasar a la Historia, por su fin, si bien asómbré por forma.

GOLONDRINAS

CUENTO

Las golondrinas anidaron como todos los años bajo el alero del tejado. Su piar fragilísimo era como un arrullo para los ocupantes de la casa.

—Ya han venido las golondrinas. ¿Las has visto? Mira, mira; ahí, donde siempre, donde el año pasado. ¡Qué lindas son! ¿Es verdad?

—Lindísimas—contestó Enrique a su mujercita—asomándose para contemplar las aves que volvían de nuevo a poner su nido donde siempre, donde el año pasado, como decía ella.

—Pero parece que no te agrada, tontín. Las miras con una cara que las vas a asustar. ¿Es que ya no te gusta que vengan?

—Sí, mujer, si me gusta, pero... ya son tres años lo que las vemos, y como hijos, te digo la verdad, ya que por desgracia no los tenemos, no me agradan. Por entretenimiento, pase, pero más, no. Tú, parece que te complaces en decírmelo todos los años, como para molestarme. En cuanto ves los tales pajaritos, ya se sabe: a buscarme enseguida, e inmediatamente, con un retintín intencionadísimo y maliciosísimo, me lo sueltas: ¡Las golondrinas, ya han venido las golondrinas! Y así el primer año de casados, y el segundo, y éste..., y, ¡quién sabe, hija mía; porque parecen loros en lugar de lo que son! ¡Duran más que mi esperanza!

—¡Ah! ya salió aquéllo. Comprendido, comprendido, todo. Te molesta por, por... No te lo digo.

—Por eso, por lo que tú supones; porque siempre que vienen me prometes que a otro año las verá nuestro hijo, nuestro primer hijo.

—Y te lo sigo prometiendo. Ya verás como al año que viene...

—¿De verdad?

—De verdad.

—Dame un abrazo...

—Toma. Y la mujercita, la apasionada, la dulce resignada, dejóse sepultar entre los brazos de Enrique, mientras contemplaban ambos el vuelo de las golondrinas, que, piando delicadamente, traían y dejaban bajo el alero las pajas para el lecho de su nido.

*
**

Pasó un año. Los esposos eran felices. Ya el sueño, el sueño de ser padres, se había lizado.

Las golondrinas retornaron de nuevo. El nido era el mismo del año pasado. En el ambiente había auras cariciosas, y en casa de Enrique un pequeñuelo lloriqueaba blandamente, saludando a la vida.

Dentro de pocos días iba a ser el bautizo, la primera fiesta desde que se casaron los esposos.

—¿Cómo quieres que le pongamos, Enrique? ¿Tu nombre, el de tu padre, cuál?...

—No, no; el chiquillo se tiene que llamar...

—A ver, a ver; ¿cómo?...

—Dime si te gusta. Le tenemos que poner

un nombre relacionado con las golondrinas. ¿Qué te parece?

—Bien, pero ¿cómo encontramos ese nombre? Es difícil; yo, al menos, no acierto así al pronto con él.

—Esperemos entonces hasta mañana. Tú piensa algo sobre ello.

LA ROPA

Tiene un perro don Justo de tanto distintivo, que es, a fé, el más notable del género canino.

¿Que viene el carbonero? ¡guau! ¡guau! aún no lo ha visto, cuando ya se le arroja, igual que un basilisco.

¿Que viene el basurero?, ¡guau! ¡guau! hace lo mismo,

¿Que es la verdulera,

el aguador o el chico del remendón de enfrente...?

idem de idem; muy listos

han de andar, si no quieren

verse por el mordidos.

Más ¡ah! ¡que inteligencial!

¡que admirable perrito!

¿Que es quien viene a la casa

señora o señorito,

(según se denominan

los que van bien vestidos),

creéis que empieza a estos

a ladrarles lo mismo?

Nada de eso. No solo

suspende sus ladridos

con ellos, sino que,

muy cortés y cumplido,

hace que les saluda,

meneando el rabillo.

El caso es, como veís,

muy significativo.

¿Quién enseñole al perro

a hacer tales distingos?,

Nadie seguramente.

Se ve que es ya su instinto,

que solo al brillo atiende

y desprecia lo mísero.

¡Oh ropal, ¡oh apariencial!

¡cuan grande y efectivo

es tu poder! Es triste,

pero es muy positivo

eso de que en el mundo,

el todo es el vestido.

¿Queréis prueba más grande

que la de tal perrito?

No hay duda; hay que vestir,

hay que darse algún viso,

pues si así, hasta los perros,

sin mirar lo distinto

que es lo real, mil veces,

de lo aparente, al mísero

desprecian y acorralan

con ladridos inicuos,

¿qué no harán los mortales

más vanos y engreidos?

CARLOS HIDALGO VALERO

Y aquella noche se durmieron contentos los esposos.

Al amanecer, cuando todo era calma en la casa, sintióse un ruido sospechoso. El arrapiezo dormía su sueño tranquilamente. Enrique y su mujer nada oyeron que los despertara.

*
**

Muy cerca de la cuna del niño jugueteaba un gato. Había empezado a revolver las ropas del pequeño lecho, convirtiéndole más tarde en una verdadera maraña y amenazando así

con sus juegos un inminente peligro para el pequeñuelo.

Despertóse éste y sus débiles quejidos apenas si se percibían al estar materialmente envuelto en el desorden de las ropas.

Amaneció. Una finísima transparencia de gasa se filtraba en las estancias, bañándolas lentamente de diafinidad. Las golondrinas piaron con fuerza.

Con su ruido despertó Enrique, y súbitamente sobresaltado saltó del lecho. Había oído quejarse a su pequeñito.

Llamó a su mujer.

—¿Qué pasa?...

—Nada, no te asustes, que ya sé cómo se va a llamar al rapaz.

—¿Cómo?

—Jesús—. Y la contó lo sucedido, añadiendo: —Al Redentor le quitaron las golondrinas las espinas de su corona. A nuestro hijo le han salvado de una muerte cierta.

Y ella murmuró:

—Dios os lo pague, golondrinas.

ALFREDO DE OLAVARRIA

CUENTOS MADRILEÑOS

LA OBRERA

Por la mañanita era su hermana la encargada de despertarla:

—Vamos, Lola, que son las seis...

¡Las seis! ¡Sonaba tan mal aquel aviso en los crudos amaneceres del invierno!

Pero no había más remedio. Mal o bien se levantaba, se cubría con sus ropillas virginales y salía hacia el taller entre una estela de florecos y piropos. Por que Lola, sin ser una mujer perfecta, era guapa. Morena, muy morena; los ojos negros, rasgados, soñadores; la nariz pequeña, un tanto roma, y la boca de labios gruesos, y sobre el superior, un breve bosquejo de bozo. Su cuerpecito, chiquitín y fuguetón, se envolvía en un mantoncillo, ya viejo por el constante uso, y sus piecitos se encerraban en los mejores chapines que pasearan el barrio. En eso sí, en calzar, Lola era «una virtuosa». Sus ahorros enteros eran para medias y zapatos. ¡Y lo merecían aquellos pies tan chiquirrititos!

Vivía en la castiza calle de Embajadores y trabajaba en un obrador de plancha de la plaza de Antón Martín. En su casa era la única a ganarlo; su padre estaba sujeto a un sillón desde aquel maldito reuma, y su hermana, aun pequeña, bregaba en la casa. Era ella la hormiguita que aportaba su granito diario.

En su misma casa, vivía una pobre viuda, doña María, con un hijo, Fernando «el cajista», como se le llamaba en el barrio, y la familia de Roberto Montes, joven estudiante de medicina.

Roberto y Fernando eran rivales. Desde pequeños fueron siempre los cabecillas de partidos contrarios y ahora lo eran en amor.

¿Quién era el favorecido? Roberto, sin duda. Ya lo comprendía él, y aunque veía a su adversario seguir el asedio, le retaba:

—Esa mujer es para mi. ¿Sabes? Te tengo yo que dar con ella en la cara... ¡cajista...!

Fernando se mordía los labios, hasta saltarle la sangre de ellos; Roberto se crecía más y más, mirando a su adversario con un cierto aire de superioridad orgullosa.

Y Lola y Roberto fueron novios.

—¿Oye, dónde vamos hoy?

—Mira, vamos a la Bombi. Verás que buena tarde.

—No seas tonto; vamos donde quieras menos... a un baile.

—¡Ah, claro! Cosa que propongo, cosa que te parece mal.

—Bien sabes tú que no.

No dijo nada. Se soltó de su brazo con enfado y cuando ella intentó tomarle, le apartó bruscamente. ¡El que pensaba, aquella tarde, lucirla ante los amigos, que dudaban que la hubiese conquistado!

—¿Te has enfadado, tontillo? ¡Vamos, hableme hombre! ¿Es que te molesta que no quiera ir? ¡Si ya sabes que no me gusta! Pero

no, no te enfandes, anda... vamos donde quieras.

El sonrió triunfante y, tomándolo de nuevo, la agradeció:

—Gracias, Lolilla.. Anda, mira un tranvía.

Durante el camino hablaron de cosas indiferentes.

—¿Oye, hay mucha gente?

—¿En el baile? ¡Muchal!

—¿Y si me conoce alguien y lo dice en casa?

—¡Bah, qué te importa!

Llegaron. Algunos amigos de él sonrieron. Roberto la hizo mezclar las bebidas: cerveza, montilla, cariñena...

—¿Sabes que esto me gusta mucho?

Poco a poco perdía el dominio sobre sí misma; él la veía con ojos centelleantes, deseosos.

—¿Verdad que me quieres mucho? ¿Di?

Bueno... ¿Y por qué me quieres tu, señorito?... Yo soy una obrera.

Se acercó a su oído.

—Me vas a dar un beso.

Rió escandalosa y dijo en voz alta:

—¡Un beso! ¡Qué tonto!

Intentó besarla. Entonces de un rincón saltó Fernando. Sus ojos, repletos de odio, vieron al pobre paralítico, a la hermanita desamparada; y adelantando resuelto, lo apartó bruscamente, colocándose entre los dos, sublime, retador.

—¡Fernando!—Rugió el estudiante, furioso.

—¿Qué?...—Contestó con tranquilidad «el cajista».

Ella, tambaleándose, se acercó a Roberto y le abrazó.

—¿Y a ti qué?... ¿Quieres tú otro? Pues mira es para él.

Y posó sus ardientes labios en los fríos de Roberto. Fernando fué a dar un paso, ella rió estrepitosamente... beodo, loco, fuera del mundo, se lanzó a la calle, llorando como un niño.

Dentro seguía el constante sonar del organillo, y las carcajadas de los juerguistas, burlonas, irónicamente burlonas...

PEDRO LLABRES

En la palestra concejil

Sesión del miércoles

20 de abril de 1921.

Cuadro

Cuando entramos en el salón, nos vela algo la vista el humo que ediles y público han desprendido de sus cigarros. Procuramos hacernos cargo: preside Don Luis Martín, que rápidamente mira a uno y otro lado para observar o contestar a los interpelantes. Siguiendo siempre a la derecha, están Mulero, que en la sesión anterior fué elegido primer teniente de Alcalde, y que se halla algo meditativo, haciéndonos sospechar si tramará el modo de escalar el sillón presidencial; Muñoz González, en postura académica, casi echado mirando al cielo... raso, y como bostezando; La Puente, muy discreto, lee en un libro que suponemos será la ley municipal; García Sánchez de la Plaza, hundido en el diván, como quedó sin duda, al caer de las alturas de la primera vara; Sánchez Díaz, quietito como buen muchacho, y González Vallejo, al que por vérselo de espaldas, no sorprendemos más rasgo que el de la barba y su nariz. Mirando a partir de la izquierda del Sr. Alcalde, siguiendo siempre a la izquierda, vemos a González Novo, que cruza el estrado para ir a pedir un pitillo a Vallejo; Heras, que silenciosamente fija los ojos y apoya las manos en su pupitre, cual espiritista que pretendiese dar vida al mueble; Melero, que contempla un cuadro de los del testero del salón, por entre las espirales del humo que echa el puro que chupa y muerde, y Nieto, que dibuja una sonrisita de esas suyas. Al extremo del diván, en el punto

PANORAMA

Rojos cielos encendidos por los besos desangrantes de los rayos postrimeros y encantados de este sol...

Limpias fuentes en las peñas... Limpias fuentes murmurantes reflejando en sus cristales el celestial arrebol...

Azuladas lontananzas en las nieblas palpitanes que cual manto de un espectro... de un espectro de dolor, van cerrando entre sus pliegues las campiñas verdeantes, ya doradas levemente por la furia del calor...

Planos, montes, lejanías, vericuetos intrincados, laberintos de peñascos monstruosos, escarpados y abrazados por las ramas cariciosas del follaje...

Todo... todo el panorama se abandona dulcemente en los brazos de la Noche, mientras muere lentamente el dios Helios tras el verde coruscante del bosque...

Roger de Lauria.

en que éste se curva para dar espalda al público, vemos asomar unas narices algo más que aguileñas, y en seguida suponemos, con este don de acierto de que Dios nos ha dotado, que aquel aditamento es de Caro, y que Caro debe hallarse allí, como enseguida conseguimos comprobar.

El Secretario y un oficial de la Corporación ocupan su sitial cerrando el cuadro del estrado. Abajo, en el espacio destinado al público, concurrencia de obreros, de burócratas,

orteras y propietarios, sentados en sillas y bancos que nos parece haber visto alguna vez en los paseos públicos.

La sesión.

Al entrar en el salón observamos que de hacia el sitio en que aparecen las narices de que hemos hablado, salían unas frases que parecían piropos y que iban dirigidos al Sr Mulero.

No dejó de llamarnos la atención, porque Mulero tan bonito no es. Y que me perdona este rasgo de sinceridad. Por lo visto le aplaudía las habilidades demostradas para ser primero concejal y después primer teniente alcalde, sin quebrantar lo más mínimo la disciplina y respondiendo a la ley de la fuerza propia o al poder espiritual del intelecto descolante.

Mulero se sacude las pulgas, como vulgarmente se dice, mascullando unas frases, que lo mismo pueden ser de justificación que de ironía.

¡La ley es la ley!

En este trance entra Sanz Marazuela, que se coloca entre González Novo y Heras, y entonces recordamos a Bahillo, Avila y Fernández Martín, más largo de lo que parece.

El tiroteo de palabra se mantiene durante dos horas, tratándose de la delegación por un no concejal en el Asocio; de gastos causados a cargo del capítulo de sanidad pública; del impuesto sobre las casas de veraneo; del centenario del comunero Juan Bravo, uno de los primeros bolcheviques del mundo; de algunas obras públicas (muy pocas e insignificantes); de un auxilio a la Casa de Misericordia; de la gratificación al Sr. Molinero como conservador de los monumentos; del pago de portes de harinas; del cambio de la hora para las sesio-

nes; de la provisión de la segunda tenencia de Alcaldía, para la que con los votos en blanco de los zurdos, es elegido el romanista, Sr. Fernández Martín, y de la necesidad de arrancar el «raigón» que hay en la Plaza del Alcázar, de la farola que en el invierno último truncó un furioso huracán.

En el curso de la sesión, el escarceo de los señores del Consejo, adquiere los ruidos y los resplandores de la pirotecnia. La vehemencia de Puente choca con la calma de Nieto; la acometividad de Caro, con la rápida respuesta de Martín; Mulero, hablando poquísimos no deja de mirar por el rabillo del ojo a Melero, que ha pedido al Secretario que no le confunda con aquél.

García Sanchez de la Plaza, aclara algún concepto; Muñoz bosteza; Sanz, explica; Heras, no dice ni pío... Y en el local, ya no se puede estar, de sobra de humo y de falta de aire.

Dos puntos

Antes de terminar la sesión, pero cuando el orden del día se había agotado, y se habían prodigado algo los ruegos y preguntas, tuvo a bien nuestra límbica grandeza de salir del local, recordando a Nieto, en la lectura, al hablarse de los discolos y de los «marranos» que no se vacunan, de la papeleta acreditativa de su vacunación: «El niño Cesáreo Nieto y Hernández de Lorenzo ha sido vacunado hoy en este Laboratorio». No podía, pues, referirse a él la indirecta.

Hemos querido hacernos cargo de lo que es una sesión cuando hay un poco de piquilla y de puntillito. No es necesario más, ya que de dar la reseña de cada una se encargan apreciables colegas locales. Podría inducirnos a la coturrencia asidua, la vanidad de vernos tan atentamente atendidos como lo hemos sido, dado que el señor Alcalde deseoso de distinguirnos, nos ha dejado en un banco del público, comprendiendo que una silla en la mesa de la prensa era muy poco para una persona que está en «El Limbo.»

Si hubiera sido por inconsciencia, no se lo agradeceríamos.

ADVERTENCIA

Se pone en conocimiento de los suscriptores de fuera de la ciudad de Avila, que se hallan extendidos y puestos al cobro los recibos de sus suscripciones, rogando a dichos señores que pasen a recogerlos a la Administración de EL LIMBO, Circuito de San Pedro, 13.

Imprenta Moderna. Circuito S. Pedro. Avila

Croniquillas cortesanas

¿Y qué voy a contarte, lector amigo, de la semana última?

Que continúan los atropellos, los estrenos, la mala racha para los toreros...

En fin ahí va ese sucedido: Uno de estos últimos días, me he encontrado con un viejo amigo. Está empleado en un ministerio y es el tipo representante de «la clase media».

¿La clase media? ¡Sí, sí!

—Ya ves—me decía—la vida con este cochino sueldo es imposible: cincuenta o sesenta duros mensuales, no representan nada en una época en que un panecillo cuesta un ojo de la cara, y unas botas el otro. No veo la solución.

Piensa, como yo he pensado, y dime: ¿Cómo llamarás tú a esta clase? ¿La clase media o la clase ínfima?

Analícemos: Hoy día un obrero gana, trabajando ocho horas, diez pesetas (muchos, más) diarias; un empleado trabajando las mismas, o más horas, gana siete u ocho pesetas con el correspondiente descuento. Pongamos el mismo trabajo: ventaja considerable.

Un obrero ha entrado en la obra o taller, sabiendo o no sabiendo leer ni escribir, para subir cubos de cal, soplar la fragua, etc., y el empleado tras de gastar dinero y vida en estudios, muchas veces inútiles, ha de ganar unas oposiciones y obtener una plaza, pésimamente retribuida: mas ventaja.

Un empleado ha de acudir a su oficina decentemente vestido: sombrero, corbata, botas, etc., y el obrero se coloca su blusa, su gorra, sus alpargatas, y se come un cocido, sentado en la misma calle: siguen las ventajas.

¿La llamas clase media? Yo, no; yo la llamo clase ruin, pobre y cobarde; porque si yo fuese valiente, llevaría unos pantalones rotos, unas botas o alpargatas destrozadas y unas melenas hasta media pierna. El milagro de los panes y los peces no está al alcance de un pobre diablo que da su vida por unas pesetas miserables.

Hasta aquí habló él. ¿No das tú, como yo se la doy, la razón a mi pobre viejo amigo?

Me he despedido de él y he intentado tomar un tranvía, pero... ¡sí, sí!

Dejaremos para números sucesivos este asunto de los tranvías que es escandaloso.

Pienso en mi pobre amigo que comerá, si come, un pedazo de pan duro, pero se afanará en sacar brillo a su botas, tan viejas como él.

¡Madrid... castillo famoso!

PEDRO LLABRES

REPRIMENDAS

SR. ALCALDE:

¿Porqué no se admiten a trabajar en las obras municipales a mas obreros que los que son amigos o paniaguados de ciertas personas según nos dicen?

¿No sería conveniente que se cuidaran las plantas y los árboles del Soto?

¿Cómo es que el Ayuntamiento no se preocupa de la constitución de una banda de música?

¿Qué conveniencia aconseja que los obreros destinados a la limpieza pública, abandonen esta para dedicarse a la descarga de harinas en la estación?

¿Cuando se ponen unos bancos de cemento en el Paseo de Calderón (Rastro) y en la plaza del Alcázar?

¿No estaría bien igualar las aceras de la calle de Martín Carramolino?

¿Por qué no se encodona la Plaza de Ocaña y se hacen cumplir por el guardia de servicio las Ordenanzas municipales?

¿Qué razón hay para que el sereno que tiene a su cargo la vigilancia en el barrio de Nebreda, brille por su ausencia tanto, que no se le ve nunca por allí?

Contra la salud pública

En Gemuño

Nos dicen de Gemuño que allí suelen ocurrir hechos verdaderamente delictivos sobre la salud pública.

Es frecuente ver que ganados muertos a consecuencia de enfermedades tan malas como el lóbado, la bacera o la levosa, se reparte entre los vecinos y se come por éstos con la mayor despreocupación.

Sin ir más lejos, el once de los corrientes, muerta una res a consecuencia de una de las enfermedades apuntadas, fué depositada en la casa consistorial, que sirvió de matadero y tablajería.

Y es tal el peligro que para la salud ofrece esta costumbre, que se impone la necesidad de atacarla y hacer que desaparezca.

NOTICIAS

Cosas de jóvenes

El día 21 del actual se promovió un fuerte escándalo, por varios jóvenes de la localidad en la calle de los Huertos, número 4. Ha sido denunciado el asunto al Juzgado Municipal.

Nuevo matrimonio

Mañana domingo, y en la iglesia parroquial de San Vicente, contraerán matrimonio la simpática señorita Joaquina Berrón, con don Juan de San Segundo.

Después de la ceremonia religiosa los invitados serán obsequiados.

Y al enviár nuestra enhorabuena a los futuros esposos, les deseamos una luna de miel interminable y muchas prosperidades en su nuevo estado.